

PROZAC, SEXO Y MARIHUANA

“Al final todo sale bien. Si las cosas no van bien, es porque todavía no ha llegado el final”. He intentado hacer de esta frase mi mantra en estos tiempos que corren. Como me sobra tiempo, la doy vueltas, la miro por delante y por detrás, le busco implicaciones, paradojas... la estiro como chicle.

Lo primero que se me ocurre es que el optimismo de la frase radica en cuándo “haces el corte”; si fuera una serie de la tele, en dónde acabas el episodio para seguir la próxima semana. Porque la vida es un continuo, con altos y bajos; ¿que quieres “La casa de la pradera?” Espera a que Laura Ingalls haga las paces con su hermana y toda la familia esté contenta para poner las letras de crédito. ¿Que queremos culebrón venezolano? “Todo va bien hasta que va mal” sería el lema pesimista complementario; corta cuando Laura Patricia, preciosa, en el altar, recibe la llamada de su novio diciéndole que se lo ha pensado y que va a ser que no.

Pero claro, en nuestra vida no conocemos la historia completa. Nos comportamos como si el presente fuera el final, aunque muy rara vez lo es (sólo una vez en la vida, supongo). El presente es sólo lo último que sabemos, y desde ahí, inadvertidamente, le damos título a la obra completa. Decidimos, según nos vaya en ese momento, si nuestra vida es “La Odisea” o un cuento de hadas. Porque no pensamos que la historia sigue, sobre todo cuando la cosa va fatal, y perdemos el optimismo; “*¿Realmente va a remontar? ¿Cuánto tengo que esperar para eso?*” Ser optimista es un tema de paciencia. De esperar, y esperar, y a veces esperar un poco más aún, y... ¡toma remontada! “*¡Hala, qué bien acabó al final!... no sé para qué me preocupó, si siempre acaba bien. Le voy a poner... “Y comieron perdices”*”.

Yo estoy ahora en momento de espera; la **anteporta** de mi último fascículo sigue virgen, “esperando hasta el final” para ponerle título. Intento tener paciencia, porque no me molan nada los culebrones.

Después se me ocurre que la vida es más bien como una composición musical, con varias líneas melódicas que serpentean y se cruzan cuando una descende vertiginosamente mientras otra se mantiene estable, y una tercera se eleva... y el optimismo radica en fijarnos en esa, en la alegre, la que nos da ese rayo de disfrute, la que nos hincha el pecho de placer inocente... intentar dejar de lado lo aprendido, el escepticismo, el cinismo... y ser ingenuos, y tirarnos al agua y nadar! –preferiblemente en bolas-. Somos muy afortunados cuando encontramos un rincón así, en el que disfrutar, y ser niños otra vez. Nos lo merecemos y a la vez nos lo debemos a nosotros mismos.

No vamos a engañarnos, las otras líneas, las que se desplomaron, siguen ahí, así que tomamos aire y volvemos a ellas, pero ya con otra energía, con fuerzas al menos para intentar enderezarlas, estabilizarlas o al menos asumir el vértigo.

Laura, Abril 2005